

INMIGRACIÓN Y LITERATURA ESPAÑOLA ACTUAL: LAS VOCES DEL ESTRECHO

IRENE ANDRÉS SUÁREZ
Universidad de Neuchâtel

Occidente derribó el muro de Berlín
para levantar otro muro en el estrecho de
Gibraltar.

(Juan Goytisolo)

Esperábamos mano de obra y vinieron
seres humanos.

(Max Frisch)

El tema de la inmigración es una de las grandes asignaturas pendientes del pasado siglo que se acaba y un fenómeno cuyo alcance y transcendencia, aún difícil de percibir en toda su magnitud, será determinante tanto para los países de salida como para los de acogida.

Para Carlos Fuentes, uno de los escritores hispánicos que mejor conoce el tema, «las comunicaciones instantáneas y la interdependencia económica han transformado el problema hasta hace poco aislado de la inmigración en una realidad universal, definitoria y omnipresente para el siglo XXI»¹. España, a semejanza de la mayoría de las naciones europeas, tendrá que adaptarse y hacer frente a una nueva realidad multiétnica y multiconfesional; esta experiencia no debería ser demasiado traumatizante ya que el mundo hispánico posee una larga historia de contactos y convivencia con pueblos y etnias múltiples:

¹ Carlos Fuentes: 1992, 379.

¿Hay alguien mejor preparado que nosotros —dice Carlos Fuentes—, los españoles, los hispanoamericanos y los hispánicos en los Estados Unidos para tratar este tema central del encuentro con el otro en las condiciones de la modernidad del siglo venidero?

Somos indígenas, negros, europeos, pero sobre todo, mestizos. Somos griegos e iberos, romanos y judíos, árabes, cristianos y gitanos (...). España y el Nuevo Mundo son centros donde múltiples culturas se encuentran, centros de incorporación y no de exclusión. Cuando excluimos nos traicionamos y empobrecemos. Cuando incluimos nos enriquecemos y nos encontramos a nosotros mismos².

La producción literaria española sobre la inmigración es relativamente reciente ya que arranca de los años noventa aproximadamente, no obstante, debe enmarcarse en un largo proceso histórico, político, social, etc. En lo que respecta al primer tercio del siglo xx, hay que destacar dos corrientes migratorias de grandes repercusiones para nuestro país: la primera, más constante y general, es la que se dirigió desde las zonas rurales hacia los grandes centros urbanos e industriales —Madrid, Barcelona y Bilbao principalmente—, la segunda, hacia los países de Europa³, se produjo tras el final de la Guerra Civil (1936-1939), por razones estrictamente políticas primero (el exilio republicano), y económicas unos años más tarde, con motivo de la excelente coyuntura de algunos países durante los años cincuenta y sesenta. Según datos del Instituto Nacional de Estadística, entre 1961 y 1970, 3.719.725 personas salieron de España con destino a los países ricos de Europa, principalmente Alemania, Francia y Suiza, y a esta cifra hay que añadir medio millón de clandestinos. Este flujo empezó a declinar ya a comienzos de los años 70, sufrió una caída drástica en 1973, cuando la economía de los países receptores entró en

² *Ibidem*.

³ Los españoles empezaron a encontrar desde 1958-1959 en estos países (Francia, Alemania, Suiza...) una cantera inagotable de trabajo. Sin embargo, la corriente se mantuvo dentro de unos cauces relativamente moderados hasta que los intereses de la Europa Occidental coincidieron con los de la política económica del gobierno español. En el segundo semestre de 1959 fue puesto en marcha el Plan de Estabilización, debido al cual un gran número de obreros quedaron sin empleo. Este hecho, unido al problema estructural del campo en el sur de España y al lamentable año agrícola, movieron al Gobierno a impulsar la emigración con el fin de hacer frente a una la situación que podía acentuar más todavía el desequilibrio existente en el país.

crisis, y se interrumpió prácticamente a partir de la muerte de Franco (1975) y la instauración de la democracia.

Sobre estos dos flujos migratorios abundan los textos literarios y los estudios críticos⁴; en cambio, poco se ha publicado aún sobre la literatura de la inmigración⁵. Ello no es demasiado sorprendente si tenemos en cuenta que el fenómeno es muy reciente en España, arranca de los años setenta⁶ y, en consecuencia, los textos aún no son muy numerosos —los primeros, como ya se ha dicho, aparecen en la década de los noventa—, aunque el ritmo de publicación está en alza y el tema ha atraído ya a escritores de renombre, como Juan Goytisolo, Julio Llamazares, Lourdes Ortiz o Agustín Cerezales.

El despegue económico —fuertemente intensificado en los ochenta— y el aumento del nivel de vida, la integración en la Unión Europea, las relaciones privilegiadas con América Latina, la proximidad geográfica con Africa, el desarrollo de la industria del turismo, y el fuerte descenso de la natalidad entre 1975 y 1985, van a favorecer la inmigración en España, pudiéndose afirmar que, en apenas tres lustros, ha dejado de ser tierra de emigración para convertirse en país de inmigración, dándose incluso la paradoja de verse obligada a introducir, por la presión de los otros países de la Unión, tajantes restricciones a la circulación de las personas.

En efecto, tras la caída del Muro de Berlín en 1989, y ante el temor de algunos europeos (sobre todo los franceses) de ver llegar a sus puertas una oleada de inmigrantes procedentes de los países de Europa del Este, Alemania convocó, en 1991, la Conferencia de Berlín para tratar de la lucha contra la inmigración ilegal, seguida dos años más tarde por la Conferencia de Budapest. A partir de estas fechas, los países de la Unión Europea declararon la guerra a los inmigrantes clandestinos, considerándolos una amenaza para la estabilidad y seguridad europeas, efectuaron la

⁴ Aunque hasta el presente no se ha publicado aún ningún volumen completo y exhaustivo sobre el tema, el libro de José Rodríguez Richart (1999) no pasa de ser una introducción y, de hecho, no pretende otra cosa como indica su mismo subtítulo.

⁵ Cf. I. Andres & M. Kunz & I. d'Ors, *La inmigración en la literatura española contemporánea*, Madrid, Verbum (en prensa).

⁶ Por estas fechas empiezan a llegar a nuestro país inmigrantes portugueses y africanos, a los que se contrata legal o clandestinamente por muy bajos sueldos para efectuar los trabajos más penosos (construcción, minas, carreteras, etc.).

reforma de la Ley de Asilo y Extranjería, endureciendo las condiciones para aquellos que buscan refugio en su seno. En España concretamente, la primera reforma fue aprobada en 1994 y la segunda en 1999; la nueva Ley de Extranjería entró en vigor en febrero de 2000⁷ y, cinco meses más tarde, el Partido Popular, después de volver a ganar las elecciones (esta vez, por mayoría absoluta), presentó un proyecto para reformarla con el fin de reducir los derechos de los inmigrantes⁸, que desembocó en una nueva Ley de Extranjería (8/2000), mucho más restrictiva que la precedente, que entró en vigor el 23 de enero de 2001. Las modificaciones introducidas en el último texto han establecido una marcada diferencia entre los extranjeros con y sin «papeles», es decir, los denominados ilegales. A estos últimos, la nueva legislación les impide el ejercicio de los derechos sociales: asociación, sindicación y huelga.

Los inmigrantes laborales que llegan a la Península Ibérica proceden mayoritariamente de África (del Magreb —Marruecos y Argel sobre todo—, pero también de Senegal, Nigeria, Malí, etc.), de Iberoamérica (República Dominicana, Ecuador, Cuba, Perú, Colombia, etc.), de los países de Europa del Este (Rumanía, Ucrania

⁷ La Ley de Extranjería (febrero de 2000), constituía un avance indiscutible respecto de la situación anterior, ya que se basaba en el principio de igualdad de derechos y libertades con respecto a los ciudadanos españoles: autorizaba el derecho de huelga (aunque con limitaciones), aceptaba la reagrupación familiar, reconocía el derecho de voto en las elecciones locales, ofrecía una serie de garantías de asistencia jurídica, los derechos de los menores, la regularización permanente para los inmigrantes ilegales que llevaban dos años empadronados y que tenían medios de vida, la motivación del rechazo de un visado, la regularización controlada, las cuotas, la flexibilización de la estancia de los transfronterizos, el marco legal de las expulsiones, la lucha contra las mafias especializadas en la inmigración ilegal, y, por último, el reconocimiento oficial de las asociaciones de apoyo y defensa de los inmigrantes.

⁸ Proponía las siguientes medidas: a) los extranjeros que se encuentren en situación ilegal dentro del territorio español podrán ser expulsados; b) para obtener un permiso de residencia permanente, será necesario haber gozado previamente durante cinco años (antes se exigían dos) de un permiso de residencia temporal; c) se exige el establecimiento de una mayor distinción entre los extranjeros en posesión de un permiso de residencia, y los indocumentados. Esta última medida otorga a los indocumentados el derecho a la educación y la sanidad, pero restringe los de reunión, asociación, participación pública, sindicación o huelga. Como ha señalado S. Naïr, «resulta extremadamente peligroso pretender reformar una ley cuyas medidas ni siquiera han podido llevarse a cabo completamente. Lo más sensato hubiera sido dejar la ley como estaba y hacer un balance completo al cabo de varios años. Pues lo que parece seguro es que España tendrá un número cada vez más importante de inmigrantes indocumentados», J. Goytisolo & S. Naïr: 2000, 145.

y Polonia), y de Asia (República Popular China y Filipinas). Algunos han llegado por vía legal, pero otros lo han hecho clandestinamente poniendo muy a menudo en peligro su vida. En efecto, no pasa un sólo día sin que los medios de comunicación nos informen de naufragios de pateras o de muertes trágicas de inmigrantes producidas en medios de transporte inadaptados, así como de las condiciones de vida y de trabajo infrahumanas de los inmigrantes en los internaderos de Andalucía, del tráfico de personas, de detenciones de ilegales, etc. La inmigración ha empezado a ocupar también las páginas de revistas especializadas⁹ y, desde los años noventa, se ha convertido en un tema de interés creciente para escritores y lectores. El número de cuentos, novelas, obras teatrales, relatos testimoniales, etc., sobre el tema no deja de aumentar y es muy posible que el ritmo de publicación se intensifique porque el fenómeno está llamado a perdurar y a amplificarse. Hemos optado por analizar la obra más ambiciosa publicada hasta el presente sobre esta problemática y más concretamente sobre el drama que se está desarrollando desde hace una década aproximadamente en el Estrecho de Gibraltar, la novela de Andrés Sorel *Las voces del Estrecho* (2000). Pero antes quisiéramos enumerar, sin ningún ánimo de exhaustividad, las obras más importantes que han ido apareciendo estos últimos años sobre distintos aspectos de la inmigración en España.

Desde 1994 empiezan a publicarse ciertas obras mestizas, a caballo entre el reportaje y la ficción, de gran interés sociológico, como *Dormir al raso* de Pascual Moreno Torregrosa y Mohamed El Gheryb (1994) —con prólogos de Manuel Vázquez Montalbán y Mahdi Elmandjara—, que relata las experiencias de un trabajador ilegal marroquí en España, o *Yo, Mohamed. Historias de inmigrantes en un país de emigrantes* (1995), en la que, con fino humor, Rafael Torres presenta el racismo y la xenofobia desde la perspectiva de veinticinco inmigrantes de procedencia diversa establecidos en nuestro país¹⁰.

⁹ Cf. *ABC cultural*, núm. 492, 30-VI-2001 («Lengua, cultura e inmigración»); *El Siglo que viene*, *Revista de Cultura*, Sevilla, marzo de 2002, n.º 47-48, pp. 22-72.

¹⁰ Juan Goytisolo manifiesta muy pronto el interés por este tema. En su libro de ensayos *Libertad, Libertad, Libertad* (1978) hablaba ya de «centenares de millones de emigrados afroasiáticos que, víctimas del «desorden» actual, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo y cosificarse en el engranaje alienador de nuestra mítica economía capitalista», y denunciaba «el chauvinismo, racismo, eurocentrismo que so capa de una presunta objetividad científica, tiende a negar los valores y obras

En el ámbito de la cuentística, hay que destacar varios libros también y numerosos relatos incluidos en *Antologías* de asuntos diversos o en revistas: *Perros verdes* de Agustín Cerezales (1989) es un conjunto de ocho relatos sobre otros tantos extranjeros residentes en España; el libro *Fátima de los naufragios* de Lourdes Ortiz (1998) consagra dos bellísimos cuentos a esta problemática: el que da título al volumen y «La piel de Marcelinda». Al año siguiente aparece *Por la vía de Tarifa* de Nieves García Benito (1999) compuesto de diez textos, todos ellos estremecedores, sobre inmigrantes africanos en nuestro país¹¹. Luis del Val recoge, en el libro *Cuentos del mediodía* (2000), dos textos sobre el tema, uno sobre la trata de blancas, «Una mala noche», y otro sobre el colectivo chino, «El misterio de los chinos centenarios». También tiene cierto interés la antología *Lavapiés. Microrrelatos* (2001), ya que reúne un número considerable de textos (pocos son microrrelatos contrariamente a lo que deja suponer el subtítulo) de autores diversos (algunos conocidos como Benjamín Prado, José Luis Sampedro, Alfonso Sastre), sobre inmigrantes laborales pobres, de procedencia diversa, que viven en el madrileño barrio mencionado en el título, y que comparten un destino bastante aciago.

Paralelamente, se van sucediendo las novelas. En 1990, Francisco Casavella¹², con el *El triunfo*, pone en escena la lucha y fracaso de las bandas mafiosas barcelonesas contra la presencia creciente de organizaciones criminales formadas por inmigrantes africanos. El mismo año, Adolfo Hernández Lafuente, en *Aguas de cristal, costas de ébano* relata el secuestro de una vieja barcaza, el Kenena, por la mafia marroquí. La cargan hasta los topes de inmigrantes ilegales y la abandonan a la deriva cerca de las costas españolas con el fin de concentrar la atención de la policía sobre ella mientras entregan impunemente la droga a sus cómplices.

Ya en el presente siglo se publican varias novelas muy desiguales, en lo que a la calidad literaria y al tratamiento del tema se

de las razas y culturas distintas de la nuestra» (111). En el 2000 publica con su amigo Sami Nair el libro ensayístico, *El peaje de la vida*, un verdadero compendio de los problemas que encuentran los inmigrantes en nuestro país y un elenco de las taras actuales e históricas de los españoles.

¹¹ Nos hemos ocupado del estudio de este libro en «La inmigración en la cuentística española contemporánea», I. Andres & M. Kunz & I. d'Ors, *La inmigración en la literatura española contemporánea*. Op. cit.

¹² Reeditada por Anagrama en 1997.

refiere, sobre aspectos diversos de la inmigración: *Gálvez en la frontera* (2001) de Jorge M. Reverte, *Ramito de hierbabuena* (2001) de Gerardo Muñoz Lorente y *La Gran Bruma* (2001) de Juan Pedro Aparicio. Las dos últimas abordan el tema de la trata de blancas pero ninguna de ellas resulta verosímil. La primera cae en lo truculento y la segunda, pese a que está muy bien escrita, resulta demasiado fantasiosa. La inmigración eslava es vista desde el prisma de Eduardo Mendicutti (*Los novios búlgaros*, 1993) y Lorenzo Silva (*Algún día, cuando pueda llevarte a Varsovia*, 1997).

En lo que se refiere al teatro, cabe destacar *La mirada del hombre oscuro* de Ignacio del Moral (1992), y *Ahlán* de Jerónimo López Mozo (1997).

LAS VOCES DEL ESTRECHO

No es la primera vez que Andrés Sorel¹³ se acerca al tema de la emigración, dado que ya en 1974 había publicado un excelente ensayo sobre los problemas de los trabajadores españoles en los países más industrializados de Europa (4º mundo). Ahora lo aborda desde el ámbito de la ficción y su testimonio crítico, lejos de diluirse, se acrecienta gracias a los veraces y fuertes retratos de los protagonistas, todos ellos privados de sus señas de identidad y de su origen, víctimas propiciatorias del abuso y de la indiferencia general, pero también y, sobre todo, gracias al sustrato religioso y simbólico del libro y a la fuerza y expresividad de su lenguaje.

Desde el punto de vista estructural es un libro mestizo¹⁴, caracterizado por el ensamblaje de textos pertenecientes a géneros

¹³ Andrés Sorel (Segovia) es licenciado en Magisterio y Filosofía y Letras. En los años 70 se exilió en París, donde dirigió el seminario «Información Española». Fue fundador y presidente del diario *Liberación*, y ha colaborado en distintos periódicos españoles. Es secretario general de la Asociación Colegial de Escritores de España y actualmente dirige la revista *República de las Letras*. Entre sus obras más recientes se encuentran los ensayos *Dolores Ibárruri, memoria humana* (1989). *Yo, García Lorca* (1994), *El libro de los españoles no imaginarios* (1994) y las novelas *Concierto en Sevilla* (1982), *Babilonia, la puerta del cielo* (1989) y *Jesús, llamado el Cristo* (1997). Sobre el tema de la emigración hay que destacar el ensayo titulado 4º mundo. *Emigración española en Europa* (1974) y la novela *Las voces del Estrecho* (2000).

¹⁴ Cf. *Mestizaje y disolución de géneros en la literatura hispánica contemporánea* (1998).

diversos: poemas¹⁵, oraciones y plegarias¹⁶, versículos del Corán¹⁷, el canto de Débora¹⁸, cuentos¹⁹, sentencias²⁰, poema del Éxodo sobre la Tierra Prometida²¹, frases poéticas²², una casida²³, etc. Este despliegue de géneros y la pluralidad de imágenes, de símbolos y alusiones religiosas se corresponde con el contenido multi-confesional y pluricultural del libro; el autor ha sabido interrelacionar valores y creencias de los tres grandes libros sagrados: el Talmud, la Biblia y el Corán, haciéndonos ver la similitud existen-

¹⁵ «Marruecos es vasta mansión para la gente rica / y casa de miseria y estrechez para el mendigo. / Anduve perdido en sus callejas / como un volumen del Corán en casa de un ateo» (58).

¹⁶ «Dice Dios, ensalzado sea, día habrá en que no servirán ni hijos, ni riquezas, acordaos de estas palabras y tened piedad de mí» (169). «Yo soy el hombre que habita en la montaña. / Yo soy el hombre que ve lo secreto. / Y éste es mi oráculo para los tiempos venideros: / estos que ahora duermen bajo los océanos, / quienes en los cielos se desgarran como jirones de nubes, / un día habitarán vuestras tierras, / señores serán de vuestros campos, / dominarán sus mares, / y vosotros, pervertidos, débiles, pecadores / no seréis sino sus siervos» (107).

¹⁷ «¡Sea piadoso con tu gracia, y no se fije en mi obra / porque el generoso abunda su perdón a sus siervos!» (43-44). «Khadja entonó un viejo canto que le enseñara de pequeña una judía, el canto de Débora, que resumía su travesía (...). Irás a una tierra buena y espaciosa, / la tierra que mana leche y miel. / Si de por vida amáis al que es, / triunfaréis» (182).

¹⁸ Hace alusión a la profetisa de este nombre, esposa de Lapidot. Revestida de la autoridad de Juez, se sentaba bajo una palmera, famosa por esta razón, entre Ramá y Betel. Animado por ella, Barac conduce a los guerreros israelitas de las tribus del norte a una lucha victoriosa contra los cananeos dirigidos por Sísara. El canto que celebra el triunfo de Israel en esta ocasión se llama «Cántico de Débora».

¹⁹ «Entendí ahora el significado del cuento que reza: «si tienes ratas en un canasto, no dejes de moverlas para impedir que puedan terminar haciendo un agujero». Ellos (las gentes humildes que viven en el campo) nunca serían ratas. Su canasto era la propia naturaleza, al aire libre» (170).

²⁰ «Si no aceptas la parte que te ha sido destinada, Alah convertirá en enemigo tuyo este mundo que tanto deseas. La tierra será para ti algo así como un desierto para un animal hambriento. Correrás y correrás hasta reventar sin poder encontrar nada en él» (171). «Los pobres de la tierra están mejor situados, porque están en paz, sin preocupaciones en este mundo y seguramente en el Más allá tendrán menos de que dar cuenta. A quien desee librar el cuerpo de la vida futura se lo acrecentaremos. A quien, en cambio, desee librar el cuerpo de la vida de acá, le daremos de ella, pero no tendrá parte de la otra vida» (172).

²¹ «Irás a una tierra buena y espaciosa, / la tierra que mana leche y miel. / Si de por vida amáis al que es, / triunfaréis» (182).

²² «...una calma profunda reina sobre el agua y al fin el mar reposa, inmóvil la bruma se disipa y el silencio de muerte es aterrador: arrastro mi angustia que no tiene límite en esta embarcación que no ha de divisar tierra alguna» (183).

²³ «Viaja y encontrarás sustituto de lo que has dejado. / Y esfuérzate, porque en ello está el sabor de la vida. / Hay más deleite en las aguas que corren / que en las que se pudren, estancadas» (181).

te entre ellos en cuanto a sus profetas: Abraham, Moisés y Jesús; y postulados —entre otros, el deber de amar al prójimo y la fraternidad con el que sufre, así como la imperiosa necesidad en el mundo actual del entendimiento entre culturas. Se da particular importancia a la árabe debido a que estos «peregrinos del mar», como les llama el autor, son, en su mayoría, de religión musulmana. El autor no desperdicia ninguna ocasión para recordarnos lo mucho que debemos a dicha cultura y para que no perdamos de vista que en varias épocas del pasado los árabes gozaron de gran esplendor y de supremacía en Europa (en un vaivén temporal constante, se entremezclan el presente y el pasado: invasión y ocupación de España, Imperio otomano, etc.) y que, en consecuencia, los hechos podrían repetirse²⁴. De hecho, sus Profetas predicán a los náufragos de las pateras la resignación y la esperanza como condiciones indispensables para acceder al Paraíso, y les prometen hacerse dueños de España por segunda vez:

Ahora lo atravesarían [el Estrecho] con sus simples brazos. Se establecerían en sus campos y ciudades y soportarían penalidades sin cuento, pero con su piedad y con la ayuda del Todopoderoso un día no muy lejano los vencerían (107).

El libro se articula en diez capítulos bastante diferentes en cuanto a la extensión y la disposición interna de los mismos; salvo el II y el X, que constan de diez, y seis secuencias respectivamente, son más bien cortos y constituyen un solo bloque textual. Todos van precedidos de un título alusivo a su contenido y, en su mayoría, están consagrados a inmigrantes procedentes del continente africano que no han logrado llegar a la Tierra de Promisión y vagan por las aguas del Estrecho (II, V, VI, VII, VIII, IX y X). A Abraham, portavoz de las ideas del escritor y transmisor de la memoria de esos náufragos, que va a pintar y plasmar por escrito sus peripecias, le dedica el capítulo III entero, aunque su presencia es constante en todos los demás; así, en el primero, asistimos ya a su encuentro con Ismael, el sepulturero²⁵, quien le hace

²⁴ El Viejo de la Montaña se lo recuerda a los náufragos: «Existió un tiempo, y con la ayuda del Todopoderoso ese tiempo volverá a existir, en que nuestros pueblos, Arabia, Iraq, el Magreb, eran el centro del mundo, a la manera que lo fue el Mediterráneo para los griegos o lo son los Estados Unidos de América para el mundo actual» (84).

²⁵ Este libro recuerda extrañamente *La ruina del cielo* de Luis Mateo Díez, libro sobre los muertos igualmente, en este caso los de Celama, cientos de muertos cuyas

descubrir las reuniones nocturnas de los muertos del Estrecho en un viejo caserón de factura nazi, concebido durante la época franquista como hotel para los militares alemanes y que nunca llegó a terminarse. En esa especie de buque fantasma abandonado, los naufragos pasan la noche y hablan de su infancia, de su tierra, de su vida, del miedo que pasaron en la travesía y de lo que ahora penan.

Abraham, por mediación del sepulturero, va a rescatar del olvido, del silencio, a esas voces anónimas a «las que nadie escucha». Él oye, habita esas voces, se funde con ellas, «con sus vidas truncadas, fantasmales, situadas en un reino que no se contabiliza. Ningún reloj lo marca (...) y son sus palabras, sus propios escritos, aunque éstos los tracen en la arena, en las nubes, en el agua», los que van a dar un nuevo sentido a los postreros días de su vida (79).

POLIFONÍA DE VOCES

El capítulo titulado «Angeles dolientes, Demonios acusadores» (II) es especialmente importante por constituir una polifonía formada por la voces de los naufragos mismos, los cuales van trazando ante «El Piadoso» el gran *puzzle* de su propia vida y, sobre todo, la de su país, con sus valores y costumbres. Ante nuestros ojos van desfilando, de manera individualizada, las voces de diez naufragos (suelen alternar las femeninas con las masculinas) y cada una arrastra consigo toda una sarta de problemas ligados a la emigración. Van aflorando a la superficie las causas que los han empujado a abandonar su tierra (falta de trabajo, miseria, persecuciones, dictadura; en el caso de las mujeres, discriminación, falta de libertad y esclavitud, etc.), pero también aquellos relacionados con el país de acogida (xenofobia, chantaje y explotación, malos tratos de la policía, violaciones y prostitución para las mujeres, etc.) y con la travesía (mafias que los engañan y explotan). Se exponen también las condiciones de vida (especialmente duras para la mujer) de los que en «Calamocarro», «antesala de la muerte», «campo de concentración» en la periferia de Ceuta, aguardan un salvoconducto que los lleve a la ansiada Tierra Prometida y las

historias extrae del olvido un personaje que lleva el mismo nombre que el sepulturero del libro de Sorel: Ismael Cuende.

relaciones fuertemente jerarquizadas de los que allí viven, condicionadas por el lugar de procedencia²⁶ y la habilidad personal: «aquí todo se compra y se vende».

En esa polifonía de voces, se destaca la de un músico («El eterno navegante», cap. IX), el cual no se siente adscrito a ninguna religión o cultura y decide recoger y ordenar el estruendo, el sonido disonante del mundo actual, y componer con él un profundo réquiem de agonía para acompañar el entierro de este mundo miserable al que hemos sido conducidos según sus palabras:

En nuestro tiempo Beethoven no podría enfrentarse al oscurantismo o al despotismo, escribiría un último cuarteto que arrastrara solamente la desesperanza de un humanismo que ha dejado de existir» (175).

En el capítulo X, vuelven a tomar la palabra seis personajes, perfectamente singularizados: una madre a la que se le presenta el parto en el momento de naufragar; dos adolescentes guineanos que piden ayuda a las autoridades europeas para cambiar la situación de los países del Tercer Mundo²⁷, exponiendo en una carta los móviles que los han impulsado a intentar penetrar en Europa; un niño que muere sin asistencia médica por el temor de la madre, en situación irregular, de ser denunciados a la policía; dos adolescentes abandonados a su suerte («mofetas»), que entran ilegalmente una y otra vez en territorio español (Ceuta) pese a las frecuentes expulsiones de la policía, roban una patera para pasar a la Península y mueren ahogados; etc. Todas las voces de las víctimas presentadas convergen al final del libro en los oídos de una madre que llega al lugar de reunión de los fantasmas con la esperanza de encontrar a su hijo desaparecido en el Estrecho:

La mujer se tapó los oídos con los dedos de sus manos, comenzó a proferir alaridos, golpeó sus sienes, gritó, gritó como nunca lo hiciera, hasta comprender que a su alrededor se vivía el silencio, un silencio cortante, absoluto, y que decenas de miradas se clavaban en su rostro». Entonces habló: «Perdonadme, perdonadme, no puedo más, me ahogo, yo estoy viva, no puedo continuar escuchando vuestras voces, sé que debéis gritar, que el mundo entero tendría que escucha-

²⁶ En él se aglutinan más de 3000 personas de nacionalidades diversas: nigerianos (los más ricos), guineanos, senegaleses, malianos, etc.

²⁷ Texto inspirado en un hecho real.

ros, que debierais taladrar sus tímpanos, penetrar en sus conciencias, lo sé, pero es que no puedo soportarlo, yo cuando vine aquí ignoraba que fuerais tantos, desconocía la inmensidad de vuestros naufragios, yo buscaba sus ojos, sólo pretendía cerrar los ojos de mi niño (215).

Ese coro polifónico ensordecedor está destinado a romper el silencio que pesa sobre ellos y remover las conciencias al igual que la composición musical de «El eterno navegante», una víctima más, según sus propias palabras, de la globalización y de la repartición injusta de los bienes de la tierra.

Me limitaré exclusivamente —dice— a arrastrar el lamento provocado por el único tono sostenido que es capaz de emitir en estos momentos mi pueblo, el que haga llorar o huir a las criaturas que el mar cobija en su seno (...). En nuestro tiempo (...) hasta las marchas fúnebres carecen ya de sentido: éstas se componían para seres humanos y en los tiempos por venir los seres humanos no tendrán ni vida, ni muerte, ni resurrección (175).

Al final de la obra, Abraham, testigo privilegiado de esas vidas truncadas, desearía seguir escuchando historias, pero sabe que sus días están contados, y, a punto de morir, escribe una carta (se transcribe entrecomillada), a modo de testamento, destinada a su amigo árabe Abdalak para confiarle la memoria de esos hechos terribles, un legado que, en parte al menos, le fue confiado a él por el sepulturero. Le dice:

Preferiría que te quedaras con el eco de las voces que para ti he pretendido rescatar. Ya me he despedido de Ismael, que a ellas me acercó. Él continuará hablando, solo, de sus muertos, los que entierra o los que conoce en el barco abandonado (...). Estoy fatigado. Pienso que cuando termine este cuadro, el último, me montaré en una de esas pateras abandonadas de la playa y me internaré en el mar. Tal vez sea un buen sitio para morir. En su compañía. Cerraré los ojos cuando el sol esté en todo lo alto, cuando caiga sobre mi desnudo cuerpo, atontándome, durmiéndome, impulsándome hacia los reinos que ellos con tanta vehemencia persiguieron y yo dudo mucho que existan (217).

Con esta misiva se cierra este bello e impactante libro en el que se deja constancia de unos sueños quebrados, de unas vidas sacrificadas en aras del presunto progreso, de unas voces a las que

nadie escucha, «porque hace tiempo que hemos cegado los ojos y tapado el corazón» (216), pero también se concede mucha importancia a la historia de la región de Zahara de los Atunes, la cual ilustra metafóricamente la de España. Este pueblo andaluz, antaño «con olor a miseria», habitado durante siglos por un puñado de pescadores y, en la época franquista, por militares alemanes que vigilaban el estrecho de Gibraltar, se ha convertido, gracias al turismo y a la instalación de los famosos en el lugar, en un emporio de riqueza y bienestar arrastrando consigo la desmemoria de sus habitantes. El escritor nos recuerda que el desarrollo económico actual ha vuelto a los españoles arrogantes e insensibles a los problemas de esos inmigrantes que llegan en busca de un mínimo de bienestar, también les ha hecho olvidar que hace apenas unas décadas muchos de los nuestros se vieron obligados a emprender el éxodo por los mismos motivos. Ismael le dice a Abraham:

Veo el rechazo. Todos se han convertido en ángeles de Sodoma (...) buscan a los inmigrantes para matarlos (...) ellos que fueron un día emigrantes en tierra ajena, se han vuelto vengadores en tierra propia (82).

Pese a que casi todos los náufragos exponen sus penalidades en primera persona, sus voces no suelen surgir directamente en la ficción sino a través del relato que va haciendo otra voz que las evoca, principalmente la de Abraham, transmisor de las mismas («La violada en comisaría», «Fátima y Marién»), la de un narrador externo a los hechos («Los ultrasur del Estrecho»), o la de Ismael, mediador entre los muertos y el narrador-pintor. La novela de A. Sorel se abre con la frase «Me dijeron se llamaba Ismael», clara reminiscencia del incipit de *Moby Dick* («Call me Ishmael») y posiblemente también un guiño de homenaje al escritor norteamericano y a las novelas del mar. Pese a todo, en la de Melville el narrador se dirige directamente a un lector-interlocutor, y, en la de Sorel, el plural («dijeron») y el carácter inmediato del relato («dicen que») nos indican claramente que nos hallamos ante una novela coral y unos relatos transmitidos a través de un narrador intermedio (Ismael).

Las voces del Estrecho nos ofrece, en suma, una visión multiforme de la emigración, desde ángulos y perspectivas múltiples (como en un baile de disfraces, aparecen y desaparecen las víctimas y los victimarios y cada uno de ellos expone su percepción de

los hechos) con el fin de que el lector advierta la complejidad del tema, se haga su propia composición de lugar y extraiga sus conclusiones.

EL ELEMENTO RELIGIOSO

En el capítulo IV (y en buena parte del II), se presenta la figura del «Viejo de la Montaña» o «El Piadoso», profeta enviado por «el Altísimo» para acompañar y servir de consuelo a esas almas condenadas a errar durante cuarenta años —número simbólico ligado al éxodo del pueblo judío— antes de poder acceder a la Tierra de Promisión, al Paraíso²⁸. Durante toda una noche, el «Viejo de la Montaña» habla en nombre de Dios a los náufragos —en presencia de Abraham y de Ismael—, les transmite sus enseñanzas, les explica las razones de su Éxodo y les promete la recompensa final, exhortándolos a la oración y a la resignación:

Ciertamente vuestras historias hablan de sufrimiento. Y mucho os queda, todavía por penar. Pero yo os recuerdo las palabras del libro Divino: en verdad Alá está con quien tiene paciencia (43).

Este mundo es sólo un campo de pruebas. No busquéis comodidad y riqueza en él (109).

Lo importante es la Gran Resurrección anunciada y la misericordia final (104).

Los hombres, sus ambiciones, sus placeres son cosa de un día, un tiempo que no puede ser medido en el eterno tiempo del Altísimo (109).

Entre sus oyentes hay que distinguir dos grupos, los resignados y obedientes («Ángeles dolientes»), y los rebeldes («Demonios acusadores»); los últimos no están dispuestos a dejarse embaucar con promesas de vida eterna y gritan y acusan:

Somos como los extraviados. Cuarenta años peregrinaron ellos por el desierto²⁹, siempre caminando en círculo por idénticos lugares, dando vueltas y vueltas bajo el fuego del sol y sobre el ardiente manto de la arena, y cuarenta años hemos

²⁸ «Vagan por el cielo impulsados por los vientos, sombras que buscan sus cuerpos. Hasta que no los encuentren no pueden descansar» (14).

²⁹ El pueblo judío es el primero que adquiere la conciencia de expulsión y de apego a la propia identidad.

de estar nosotros aquí penando. Dinos, ¿quién nos castiga y qué hicimos en vida para merecer semejante castigo? (56).

Dios y su Enviado nos hicieron promesas vanas, mirad dónde condujeron éstas a su pueblo (57).

Uno de ellos, Said el Harras, incluso lo maldice³⁰, y Abraham reacciona también contra ese discurso teocéntrico y embaucador:

¿Hasta cuándo esta farsa? Vosotros sois quienes enfermáis y morís de sida, tuberculosis, hambres. Vosotros quienes carecéis de hospitales, tratados y vendidos como esclavos ¿Cuánto tiempo aún han de engañaros antes de que desaparezcáis todos, todos? Y aunque así no fuera ¿de qué sirven los sacrificios, sufrimientos, para todas las generaciones y pueblos vencidos y enterrados? Quien muere, muere, Y punto (...); un puñado [de cristianos] se basta para dominar a todos los demás, para mantenerlos en su agonía (108-109).

Para combatir los dogmas y el fanatismo, Abraham preconiza, en suma, la educación y la lectura de libros que estimulen la reflexión y el espíritu crítico.

Las imágenes y símbolos religiosos son abundantísimos. La experiencia de los emigrantes africanos y las terribles pruebas que tienen que afrontar se equiparan al destierro, cautiverio y peregrinación del pueblo judío. Aquéllos son los nuevos peregrinos desterrados que se internan en las aguas del Estrecho en pateras, como el Arca de Noé en las aguas del diluvio, esperando encontrar la Tierra de Promisión, el Paraíso, el Ejido, descrito por San Juan de la Cruz como «un lugar donde la gente se suele juntar a tomar solaz y recreación, y donde también los pastores apacientan los ganados». Pero su aventura suele terminarse en El Ejido andaluz, un infierno donde trabajan dieciséis horas diarias por un sueldo miserable, o, aún peor, en las aguas del Estrecho, viéndose forzados a vagar, a errar, durante «cuarenta años», antes de lograr el reposo eterno.

Abundan igualmente los nombres bíblicos (el «Piadoso», el «Viejo de la Montaña», la «Gran Ramera»³¹, etc.) y no es una ca-

³⁰ «No te alabaré, señor de los cielos/ pues nos has conducido a la muerte./ Para nosotros no fuiste salvación/ sino tormento que hiciste del mar nuestra tumba./ Ninguna gracia dispensaste a tu pueblo/ y el infierno ha sido tu santa morada./ Los pueblos no tiemblan, que ya sólo escuchan/ el sonido del dinero, la ambición del poder./ Que nuestras maldiciones sean la cara de tu reino» (57).

³¹ La «Gran Ramera» aparece en el Apocalipsis de San Juan (17 y 19.2) y se refiere a «Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de

sualidad si el pintor se llama Abraham (el gran patriarca cuya historia inaugura la del pueblo de Israel) y el sepulturero Ismael (los árabes lo consideran como su antepasado). Etimológicamente el último antropónimo significa «Dios oye», y como en rigor, Dios es el único que puede oír las voces de los muertos, Ismael cumple una función cuasi-divina en la obra, es decir, es un personaje inventado para que no se pierdan los relatos que, sin él, sólo Dios escucharía.

El «Viejo de la Montaña», en su visión etnocéntrica del mundo, establece una dicotomía entre la cultura oriental y occidental y contrapone lo que él considera sus valores respectivos: memoria / desmemoria; oralidad / escritura; culto a la Naturaleza / rechazo de la misma; tranquilidad / desenfreno; teocentrismo / antropocentrismo. Todo ello con el fin de hacer creer a sus seguidores que son dos formas antagónicas, irreconciliables de concebir la vida, la familia, la religión, el tiempo³², que deben permanecer fieles a la tradición y a su confesión musulmana, y aceptar estoicamente su destino, aunque sea injusto. Andrés Sorel arremete contra el fanatismo y el adoctrinamiento religioso, condenando sin paliativos a aquellos que incitan a los pobres a la resignación.

Las voces del Estrecho es una fábula abierta a muchas vidas, una denuncia de la realidad de los inmigrantes, realizada con una prosa que combina los ritmos secos y descarnados con un aliento lírico de hondo dramatismo. Las voces que llenan este libro constituyen una sinfonía coral y nos hablan de unos personajes que se han extraviado por el camino en su búsqueda del Paraíso, sorprendidos por espejismos sórdidos y caprichosos, y de unas vidas interrumpidas, de sueños quebrados y de historias humanas que el autor va a intentar eternizar.

CONCLUSIÓN

Andrés Sorel —también Lourdes Ortiz, Nieves García Benito y buena parte de los escritores mencionados al inicio de nuestro

la tierra» (*Ap.*, 17.5), lo que viene a ser una crítica de Roma como centro del poder de la época. En *Voces del Estrecho* parece hacer alusión al mal del mundo en general, al «sistema» —que puede ser el capitalismo, el neoliberalismo, la globalización, la venalidad y mercantilización del mundo—, o, más concretamente, la parte más corrupta de este sistema: la red de mafias y negociantes criminales o semicriminales.

³² «Ceuta es tierra de paso, tierra de aprendizaje, frontera no sólo geográfica, sino de dos tiempos, dos vidas distintas» (200).

artículo—, nos recuerda la deuda que tenemos con la cultura árabe y con nuestros hermanos hispanoamericanos y del Magreb, generosos anfitriones de ayer, hoy sumidos en una aguda crisis suscitada por la disfunción existente entre su rápida expansión demográfica y su lento desarrollo económico.

Las relaciones entre las dos orillas del Estrecho están puntuadas por largos períodos de reconocimiento mutuo, de comercio, de entrelazamientos culturales, intercambios intelectuales y trasvases de identidad, pero también por un largo proceso de desconfianza y oposición confesional, intensificado a partir del siglo xv, conflictos del pasado que condicionan de manera ineluctable en la actualidad la percepción de los españoles —también la de los europeos— sobre esa categoría de inmigrantes.

Son varios los retos que debemos afrontar y tal vez el más difícil y urgente sea el de la construcción de una nueva identidad nacional, capaz de conciliar la pluralidad de las identidades regionales y de integrar la diversidad étnica, religiosa, cultural, etc., de esa nueva población de inmigrantes que reclama el reconocimiento de su diferencia. Según Sami Naïr, «la referencia a la religión se convierte cada vez más en una característica básica del desplazamiento de las formas de identidad, iniciado en los años 80 y que proseguirá durante los primeros decenios del siglo xxi, el siglo de las identidades», y ello debido, en buena medida, a la globalización de la economía, que

engendra la mutación de los sentimientos de pertenencia, la alteración de las identidades nacionales, la ausencia de un paradigma referencial colectivo. De ahí que se recurra a los marcadores primarios: identidad personal, referencia confesional, pertenencia étnica, identidad lingüística diferencial (...). No se puede comprender el particular énfasis con el que los inmigrantes reivindican hoy día «su» identidad confesional sin tener en cuenta este vuelco global que afecta a toda la civilización occidental (J. Goytisolo y S. Naïr, 2000, 82-83).

En un momento en el que los traslados de gente de países pobres hacia las naciones ricas se están masificando y tienden a perdurar modificando a un tiempo la estructura social de los territorios de salida y la estructura nacional (cultural, confesional, étnica...) de los países de acogida, y hasta su identidad, la defensa del multiculturalismo es pura y simplemente una necesidad prioritaria. Conscientes de todo ello, los autores de las obras mencio-

nadas en este trabajo preconizan la educación de los pueblos como medio eficaz para evitar el racismo, la xenofobia y la exclusión étnica, y una nueva ética de la movilidad en la que pluralismo, mestizaje e hibridismo sean vistos como nociones enriquecedoras para la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- AA.VV. (1998): *La interculturalidad que viene. El diálogo necesario*, Barcelona, Icaria Editorial.
- AA.VV. (2001): *Lavapiés. Microrrelatos*, Madrid, Ed. Opera Prima (prólogo de Pastor Bustamente).
- Andres-Suárez, Irene (ed.) (1998): *Mestizaje y disolución de géneros en la literatura hispánica contemporánea*, Madrid, Verbum.
- Aparicio, Juan Pedro (2001): *La Gran Bruma*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Bustamente, Jorge A. (1997): *Cruzar la línea. La migración de México a los Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Daoudi, Ahmed (1994): *El diablo de Yudis*, Madrid, Vosa.
- F., D. (2000): «Andrés Sorel recrea el drama de la inmigración en 'Las voces del Estrecho'», en *El País*, 24/06.
- Fuentes, Carlos (1992): *El espejo enterrado*, México, Fondo de Cultura Económica.
- García Benito, Nieves (1999): *Por la vía de Tarifa*, Madrid, Calambur.
- García Canclini, Néstor (1999): *La globalización imaginada*, Buenos Aires, Paidós.
- Gerard, André-Marie (1995): *Diccionario de la Biblia*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik (Título original: *Dictionnaire de la Bible*, Paris, Robert Laffont, 1990).
- Goytisolo, Juan (1978): *Libertad, Libertad, Libertad*, Barcelona, Anagrama.
- Goytisolo, Juan & Sami Naïr (2000): *El peaje de la vida*, Madrid, Aguilar.
- Hernández Lafuente, Adolfo (1999): *Aguas de cristal, costas de ébano*, Alicante, Cálamo.
- López Mozo, Jerónimo (1997): *Ahlán*, Madrid, Agencia Española de Cooperación Internacional/Ediciones de Cultura Hispánica.
- Mendicutti, Eduardo (1993): *Los novios búlgaros*, Barcelona, Tusquets.
- Moral, Ignacio del (1992): *La mirada del hombre oscuro*, Madrid, Sociedad General de Autores de España.
- Moreno Torregrosa, Pasqual & Mohamed El Gheryb (1994): *Dormir al raso*, Madrid, Vosa (prólogo de Manuel Vázquez Montalbán).
- Muñoz Lorente, Gerardo (2001): *Ramito de hierbabuena*, Barcelona, Plaza & Janés.
- Ortiz, Lourdes (1998): *Fátima de los naufragios*, Barcelona, Planeta.
- Reverte, Jorge M. (2001): *Gálvez en la frontera*, Madrid, Alfaguara.
- Rodríguez Richart, José (1999): *Emigración española y creación literaria*. Estudio introductorio, Madrid, Fundación 1º de Mayo.
- Silva, Lorenzo (1997): *Algún día, cuando pueda llevarte a Varsovia*, Madrid, Anaya.
- Sorel, Andrés (1974): *4º mundo. Emigración española en Europa*, Madrid, Ed. Zero.
- Sorel, Andrés (2000): *Las voces del Estrecho*, Barcelona, Muchnik Editores.
- Torres, Rafael (1995): *Yo, Mohamed. Historias de inmigrantes en un país de emigrantes*, Madrid, Temas de hoy.